

Lutheran Mission Matters

Winner of
Concordia Historical Institute's
2017 Award of Commendation



De Roma . . . a Wittenberg . . . a USA

Miguel Darío Sanabria

Abstracto: El Reverendo Miguel Sanabria, oriundo de Colombia, describe su camino en la fe desde sus días como seminarista Católico Romano, luego su ordenación como sacerdote hasta llegar a ser pastor luterano. Hoy sirve en la Bahía de Tampa, Florida, en un ministerio misionero entre la población Hispana. Sus experiencias nos muestran cómo Cristo, tan claramente destacado en la Reforma Luterana, transforma la mente y el corazón de un siervo de Dios.

Solo por bondad del Señor, los siete años que dura la formación “superior” para ser validado como sacerdote romano, no los cursé en la ciudad donde está el Seminario regional al oriente de mi país, Colombia, sino que fui enviado con los Jesuitas a la Universidad Javeriana de Bogotá. Fue allí donde comencé a ver las enormes fisuras de la formación que estaba recibiendo en “doctrina”, radicalmente opuesta a la enseñanza bíblica; recuerdo que en la biblioteca del Seminario Menor encontraba a Salgari, Wast, Verne . . . pero no la Biblia; solo algunos libros de texto sobre la Biblia, pero no la Biblia. Ya en la Universidad tuve la fortuna de ser designado lector en el comedor al mediodía y por la noche; uno de;



El Después de mis estudios de Licenciatura en Filosofía y Teología, cursados en la Universidad Javeriana de Bogotá, Colombia, de donde soy oriundo, volví al estado laical mediante Rescripto de Roma. El Señor me ayudó a prepararme para la Docencia Universitaria-Postgrados mediante estudios de Maestría y Especialización, estando vinculado a la Planta Central del Ministerio de Educación, donde conocí a quien es mi esposa, Flor Marina, con quien tenemos tres hijos: Miguel Andrés, Yolima y Diana, y cinco nietos. Con mi esposa y mis tres hijos, cursamos estudios en el CHS del Seminario Concordia de Saint Louis, MO, para servir mejor al Señor; allí tuve también la bendición de una Maestría en Artes. Radicado en USA desde hace 18 años, el Señor me llamó hace diez para su servicio como pastor LCMS, adscrito al Distrito FL-GA. En Tampa, hemos sembrado cuatro misiones que atendemos junto con los Vicarios John Cobos, Miguel Andrés y las diaconisas.

migueldarios@hotmail.com

los libros rigurosamente señalado y en las páginas exactas, fue uno del extenso Ludovico Pastor, “La historia de los Papas” preparaba la lectura mediante un permiso especial para acceder a esta obra restringida; leyendo a escondidas de lo señalado, llegué a los Papas del tiempo de Lutero: Inocencio VIII y Alejandro VI, su sucesor. La otra lectura que me marcó fue el pequeño texto de Lutero que también leí a hurtadillas: “Sobre el papado romano,” en el que vi con claridad que “la Iglesia verdadera, solo puede ser gobernada por Cristo.”

Vi con claridad que
“la Iglesia verdadera,
solo puede ser gobernada
por Cristo.”

Las recomendaciones que hace siguen siendo válidas 500 años después: “No al poder terrenal; sí al espíritu de servir; no al culto a los santos; reducir el lujo del Papa y de la Curia; abolir el celibato; impedir la usura; no al poder terrenal de la Iglesia; eliminar las indulgencias; abolir el cobro por los servicios sagrados.”

Después de los estudios superiores de filosofía y teología romanas, fui ordenado sacerdote. Serví en cuatro parroquias como ayudante; oficiaba la misa todos los días, escuchaba las confesiones, recitaba el rosario, hacía devoción a muchos santos, leía el “Breviario” en latín. Pero nada de eso satisfacía mi alma cansada. Me invadía un desasosiego más profundo que cuando era un muchacho. Pero Cristo me cuidó, porque me familiarizó con la versión católica de la Biblia, en la que encontré versículos asombrosos que contradecían lo que estaba haciendo; este Libro decía una cosa y mi Iglesia otra. ¿Quién tenía la razón? ¿La Iglesia Romana o Dios? De pronto Dios me brinda la oportunidad de no seguir en parroquias sino de trabajar como capellán en un colegio técnico, tipo “High School” adaptado a mi país. Desde entonces mi único contacto con la “curia” y los sacerdotes era el Obispo, quien se volvió mi consejero; después llegó a ser Cardenal en mi país. En un viaje que hizo a Roma me trajo el Rescripto del Papa para liberarme del sacerdocio y volver a mi estado laical.

Fue en este Instituto donde el Señor comenzó su trabajo de llevarme a la sana doctrina, lejos de esos años de lucha contra líderes romanos, cuando con Biblia en mano yo insistía en que un cura no puede suplantar la obra del Señor en la cruz; que la salvación es solo por gracia en Cristo y que solo hay una fuente de autoridad: la Palabra de Dios. Ahora cuando el Señor nos da la oportunidad de manifestarle nuestra gratitud por su bondad, ayudando a extender su reinado de amor en este rincón de la Florida: la Bahía de Tampa. Es aquí, cuando con mi esposa y con mi familia, damos testimonio de que “los caminos del Señor son inescrutables”, porque lo que al principio en la vida parece sombrío, con el paso del tiempo se entienden los propósitos de lo alto. “¡Oh profundidad de las riquezas . . . de Dios! ¡Cuán inescrutables . . . son sus caminos!” (Romanos 11:33–36).

Ahora el Señor ha ido tejiendo nuestro ministerio sobre esas columnas: Fe, Gracia, la Palabra y Cristo. Esta es la primera parte de nuestra plataforma doctrinal levantada sobre estas cuatro columnas con énfasis en la “Roca” que es Cristo, para “lanzar” el desafío puesto por Él, de extender el Reino de Dios dentro de las comunidades hispanas que vienen a los Estados Unidos persiguiendo un mejoramiento en todo, no solo en el aspecto económico; sobre esto no hay discusión.

Ahora el Señor ha ido tejiendo nuestro ministerio sobre esas columnas: Fe, Gracia, la Palabra y Cristo.

La otra parte de la plataforma se torna difícil por múltiples razones. Una de ellas es el panorama religioso general que estamos viviendo en Estados Unidos en su conjunto de razas y etnias, y que está cambiando de manera acelerada dentro del paradigma de la “post-modernidad”: los Estados Unidos se volvió un campo misionero que debo analizar y comprender en primera instancia, y luego valorar en la dimensión de la ayuda para llevar el mensaje de Cristo como dice Mateo 28:19, “a todas las naciones.”

Es cierto que debemos trabajar con ahínco por sembrar la semilla en África, Asia y Oceanía; pero las “misiones” las tenemos ahora junto a nosotros en nuestro diario caminar, a la vuelta de la esquina; junto a nosotros hay más “individuos laicos” y menos “personas religiosas,” proceso que no se refleja tanto entre los latinos como sí en los anglos, porque entre los hispanos encontramos una tendencia cada vez mayor hacia grupos de fe. El número de estadounidenses que no profesan una religión en concreto ha crecido hasta 56 millones de personas en los últimos años, convirtiéndose en el segundo grupo más grande en número por detrás de los evangélicos, de acuerdo con el sondeo presentado por “Pew Research Center,” el año pasado.

Desde hace un par de años escucho predicar que los Estados Unidos se ha convertido en uno de los campos misioneros más grandes del mundo, lo que nos hace misioneros en nuestro barrio, en nuestro conjunto residencial, como quedó estampado en la revista del Dwelling 1:14 del Rev. Finke: “Por los últimos 30 años en los Estados Unidos se ha estado produciendo un huracán religioso y cultural dejando el paisaje irreconocible para los cristianos que cumplieron su mayoría de edad en los años 70.”

Los ministerios Hispanos de nuestro Sínodo de Missouri en el oeste, centro y aquí en el este de los Estados Unidos tienen las mismas características culturales y religiosas; porque los fieles con quienes trabajamos en torno a Cristo, en general parecen bien intencionados en el acto de fe, débil casi siempre, sí, porque vienen aferrados a ejes no Cristo-céntricos. En un porcentaje altísimo, en nuestro caso particular de la Bahía de Tampa, su ancestro católico-romano los marca no solo

porque nunca accedieron a la Biblia, sino por el mismo temor que les causa acceder a este “libro misterioso”, tenerlo en su poder, leerlo y degustar sus realidades y misterios; hasta nos miran con recelo cuando se la ofrecemos a ningún costo, como que somos simplemente “cristianos protestantes” iguales a los evangélicos que conocieron en su país, cuando los motivaban hacia la prosperidad y la sanación a cambio de los “diezmos”; a veces nos ven parecidos, con Biblia en mano, a las parejas que llegan timbrando por sus casas.

¿Qué hacer para “levantar y enriquecer con fieles de verdad” nuestra iglesia, de conformidad con el propósito del Padre (Efesios 3:10)? Tendríamos que tener claro que la iglesia es la promesa del Hijo (Mateo 16:18); que la iglesia se selló con la llegada del Espíritu Santo (Hechos 2:42–47). Pero, también que la iglesia en Antioquía, aunque fue plantada por creyentes ordinarios, solo se hizo fuerte por la obra de los primeros pastores pioneros: los apóstoles (Hechos 11:19–26). Cuando con alegría y esfuerzo se planta una nueva misión, seguimos los senderos de Pablo (Hechos 13; 14:23; 19; 20:17).

Hoy, Dios Padre bendice a los “pastores-misioneros” que se animan a plantar iglesias nuevas, pero estos pastores deben tener el apoyo de las respectivas autoridades designadas para “gobernar los destinos territoriales, nacionales y ecuménicos de nuestra Iglesia Luterana”; por lo menos que esos “pastores-misioneros” puedan estar tranquilos porque les proveen con qué sostener dignamente a su familia, que siempre es su apoyo de primera mano para su trabajo pastoral. La obra de Dios, y para Dios, queda a medias cuando un pastor combina el trabajo ministerial con la búsqueda del sustento para sí y los suyos con trabajos seculares; no realiza bien ninguno de los dos oficios; lo estamos viendo a diario; y no es lo mandado por el Señor; Pablo es claro cuando le habla a los Corintios: “Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio” (1 Corintios 9:13–14).

Se escuchan en algunos círculos de nuestra jerarquía luterana, Sínodo de Missouri, comentarios hechos con la mejor intención sobre el futuro de los Ministerios Hispánicos en los Estados Unidos, dándoles una vida más bien corta; como que si la presencia Hispánica en este país estuviera condenada a desaparecer más pronto que temprano; para lo cual se argumenta que los niños nacidos aquí de padres Hispánicos, solo hablan inglés y no aceptan otra forma de comunicación; y que como los niños y jóvenes Hispánicos se “americanizan” pronto, entonces el conglomerado hispano con toda su cultura, va a desaparecer. Lo cual no es cierto, porque es evidente que no obstante las restricciones, la migración Hispánica hacia los Estados Unidos continúa.

Se argumenta que . . .
el conglomerado hispano
con toda su cultura,
va a desaparecer.

Pero aparte de la semblanza doméstica anterior que se repite igual en otros lugares de los Estados Unidos, el estudio más reciente del “Pew Research Center” reveló que si en los Estados Unidos, en 1965, el 84% de la población era blanca no Hispana, para este año 2017, ese porcentaje ha caído al 62%, mientras que los Hispanos han pasado de ser, del 4% de hace 50 años, a un 18% actualmente en el año 2017, y se espera que pasen a ser una cuarta parte (un 24% o más) para el año 2045.

Frente a esta proyección alentadora de la presencia creciente de la hispanidad en los Estados Unidos, la única verdadera esperanza pastoral para la Iglesia Luterana Hispana en los Estados Unidos se encuentra en que haya el apoyo institucional de los Distritos y especialmente del Sínodo para nuestras Misiones, para que los Pastores hispanos puedan seguir haciendo su trabajo ministerial. A partir del aval que la inmensa mayoría de estos servidores ha recibido del Seminario Concordia de San Luis, Missouri, formados en el Centro de Estudios Hispanos (CHS), donde cursan por largos años, mínimo cuatro, la formación pastoral y teológica, además del requerimiento simultáneo de la vivencia práctica para un desempeño ministerial eficaz y eficiente.

Cristo evangeliza y forma a sus primeros discípulos antes de enviarlos a “hacer discípulos.” La formación es evangelizadora a fin de preparar a los agentes de la evangelización. No hay evangelización sin los agentes formados para que esto ocurra. Pero la evangelización debe ser formativa también con el fin de “hacer discípulos”, aprendices de Jesús, como lo hizo Pablo quien también enfrentó una comunidad que no iba a la Iglesia; por eso formó a los líderes para que pudieran ir a las comunidades para anunciar el Evangelio. Los Estados Unidos es el nuevo reto misionero.

Cristo evangeliza y forma a sus primeros discípulos antes de enviarlos a “hacer discípulos.”

Ahora, que la problemática migratoria Hispana es compleja, es cierto; y más que las condiciones de vida de ciertos grupos presentan características muy difíciles de manejar, como es el caso de una localidad donde tenemos plantada una misión. El 90% de la población es mexicana y como casi todos provienen de la misma región, Oaxaca, el “mixteco” es el dialecto doméstico con el que se comunican entre sí los mayores. El poco español es usado solo para las “compras y negocios.” Los hijos solo hablan, leen y escriben en inglés. La consecuencia lógica es que las familias están incomunicadas; por ende, el trabajo pastoral se vuelve más complejo y requiere de más cuidado y dedicación; pero siempre de la mano del Señor, porque es cierto que la Iglesia como un árbol de vida tiene raíces invisibles y profundas, ocultas, que van bajo tierra siempre buscando esa vida que viene sólo de las aguas vivas de Cristo por medio de su Palabra.

Cristo es la vid; nosotros somos los retoños que, con su ayuda, dan buenos frutos de fe y amor. El tronco crece y se vuelve fuerte con el fin de apoyar el destino del árbol de llevar fruto. Una iglesia responsable se dedicará a hacer discípulos de sus convertidos nuevos. Luego se dedicará a hacer líderes de esos discípulos, quienes toman responsabilidad para adelantar la obra de Dios. ¿Por qué es tan importante el discipulado? Simplemente porque Jesús dijo que debemos hacerlo (Mateo 28:19–20).

Me encanta la traducción libre y actual de Juan 1:14, “La Palabra se hizo carne y se movió al vecindario.”

From Rome . . . to Wittenberg . . . to USA

Miguel Darío Sanabria

Abstract: Rev. Miguel Sanabria, originally from Colombia, describes his spiritual journey, first as a Roman Catholic seminarian, then as an ordained priest, and finally as a Lutheran pastor. Today he serves as a pastor-missionary in the Tampa Bay area, serving within growing Hispanic communities. His experiences illustrate how Christ, so clearly demonstrated in the Lutheran Reformation, transforms the mind and heart of God's servant.

Only because of the Lord's goodness, the seven years of the seminary formation to become a Roman priest, I did not take them in the city at the Regional Seminary in the eastern part of Colombia, but rather, I was sent with the Jesuits to study at the Javeriana University in Bogotá. It was there that I began to see the enormous disconnects in the formation I was receiving in "doctrine," which were often radically opposed to biblical teachings. I remember that in the library of the Lesser Seminary, I read Salgari, Wast, and Verne, but not the Bible. There were only some textbooks on the Bible, but not the Bible itself.

Rev. Miguel Darío Sanabria is originally from Colombia. After my studies in Philosophy and Theology at the Javeriana University in Bogota, Colombia, I was ordained a Catholic priest. Later I renounced the priesthood and received a special Rescript from Rome. I thank the Lord for his faithfulness, first because I completed a Masters with additional specializations in education, then for the opportunity to teach at a university linked to the Education Department of Colombia, and then to meet my wife, Flor Marina, with whom we have three children: Yolima, Diana and Miguel Andrés, and now, five grandchildren. My wife, our three adult children, and I have studied at the Center for Hispanic Studies of Concordia Seminary in St. Louis, MO and where we have been better prepared to serve the Lord. I also have the blessing of a Master of Arts from Concordia Seminary. Having lived in the USA for 18 years, the Lord called me these last ten years to serve as an LCMS pastor in the FL-GA District. Serving in Tampa, together we have planted four Hispanic-Latino missions, the women as deaconesses, Miguel Andrés as a vicar, along with my son-in-law Vicar John Cobos.

*migueldarios@hotmail.com
Translated from the Spanish "De Roma . . . a Wittenberg . . . a USA" by Marcos Kempff.*

Copyright 2017 Lutheran Society for Missiology. Used by permission.

View Lutheran Mission Matters 25, no. 2 (2017) at <http://lsfm.global/>.

Membership in LSFM is available at <http://lsfm.global/joinlsfm.htm>.

E-mail lsfmissiology@gmail.com to purchase a print copy of a single issue.

While at the University, I received a special assignment: to serve as a designated reader in the dining room at noon and at night. One of the books to be read was marked with only exact pages to be read. The book contained the writings of Ludovico Pastor, “The History of the Popes,” which I was able to read only because a special permission was granted for this restricted piece. But I secretly read some of the forbidden pages, about the popes of Luther’s time: Innocent VIII and Alexander VI, his successor. Another reading that made an impact on me was Luther’s little text, “On the Roman papacy,” that I also read secretly and in which I clearly saw that “the true Church can only be ruled by Christ.” The recommendations it makes are still valid five hundred years later: “No to earthly powers; yes to the spirit of service; no to the worship of saints; yes to reduce the luxury of the Pope and the Curia; yes to abolish celibacy; yes to prevent usury; no to the earthly power of the Church; yes to eliminate indulgences; yes to abolish the charge for sacred services.”

I clearly saw that
“the true Church can
only be ruled by Christ.”

After my advanced studies in Roman Catholic philosophy and theology, I was ordained a priest. I served in four parishes as an assistant, celebrated Mass every day, listened to confessions, recited the rosary, did devotion to many saints, and read the “Breviary” in Latin. But none of that satisfied my weary soul. I was filled with a deeper uneasiness than when I was a boy. But Christ took care of me, because He made me familiar with the Catholic version of the Bible, in which I found amazing verses that contradicted what I was doing. This Book said one thing, and my Church another. Who was right? The Roman Church or God? Suddenly God gave me the opportunity not to continue serving in parishes, but to work as a chaplain in a technical college, a kind of special “high school” in my country. At that point, my only contact with the Curia and the priests was the Bishop, who became my counselor. He was later to become a Cardinal. On one of his trips to Rome, he brought me a Rescript of the Pope to free me from the priesthood and once again become a layperson.

It was at this school that the Lord began His work to bring me to sound doctrine, far from those years of struggle against Roman’s leaders. With the Bible in hand, I insisted that a priest cannot supplant the work of the Lord on the cross, that salvation is only by grace in Christ, and that there is only one source of authority: the Word of God.

Now, years later, the Lord gives us the opportunity to express our gratitude for His goodness, helping to extend His reign of love in this corner of Florida: Tampa Bay. It is here, with my wife and with my family, we bear witness that “the ways of the Lord are inscrutable,” because what at first seems gloomy in life, over time

shows us His ways: “O the depth of the riches . . . of God! How unsearchable are his ways!” (Rom 11:33–36).

Now the Lord has woven His Words into our ministry on these columns: Faith, Grace, the Word and Christ. This is the first part of our doctrinal platform raised on these four columns, with an emphasis on the “Rock” that is Christ, to “launch” the challenge posed by Him, to extend His Kingdom within Hispanic communities that come to the United States pursuing an improvement in everything, not only in the economic aspect. About this there is no discussion.

The Lord has woven
His Words into our
ministry on these
columns: Faith, Grace,
the Word and Christ.

To implement the other part of the platform becomes difficult for multiple reasons. One of them is the general religious panorama that we are living in the United States. With many cultures and ethnicities, there is rapid change within the paradigm of “post-modernity.” Now the United States has become a mission field that I must analyze and understand in order to value the dimension of taking the message of Christ, as Matthew 28:19 says, “to all nations.”

It is true that we must work hard to sow Gospel seeds in Africa, Asia, and Oceania. But there are “missions” present in our daily walk, just around the corner. Among us are more “indifferent individuals” and fewer “religious people,” a phenomenon that is reflected not as much among Latinos as it is among the Anglos, because among Hispanics we find a growing tendency toward joining faith groups. The number of Americans who do not profess a particular religion has grown to 56 million people in recent years, making it the second-largest number behind Evangelicals, according to the Pew Research Center survey last year.

For a couple of years, I have heard preaching stating that the United States has become one of the world’s largest mission fields, which makes us missionaries in our neighborhood, in our residential complex, as, for example, printed in the *Dwelling 1:14* magazine by Rev. Greg Finke: “For the past 30 years in the United States there has been a religious and cultural hurricane leaving the landscape unrecognizable for Christians who came of age in the 1970s.”

The Hispanic ministries of our Missouri Synod, across the whole country, have similar cultural and religious characteristics, because the faithful in Christ with whom we work generally seem well-intentioned in their acts of faith, though almost always are weak, because they still are clinging to non-Christian habits. A very high percentage, in our particular case of the Tampa Bay area, due to their Roman Catholic ancestors, never open a Bible, because of the same fears of having access to this “mysterious book,” to own it, read it, and taste its “realities and mysteries.” They even see us with suspicion when we offer them free Bibles. We just become suspect

Copyright 2017 Lutheran Society for Missiology. Used by permission.

View *Lutheran Mission Matters* 25, no. 2 (2017) at <http://lsfm.global/>.

Membership in LSFM is available at <http://lsfm.global/joinlsfm.htm>.

E-mail lsfmissiology@gmail.com to purchase a print copy of a single issue.

“Protestant Christians,” just like the “Evangelicals” they knew in their country of origin, when they were motivated toward prosperity and healing in exchange for “tithing.” Sometimes, when, with our Bible in hand, we are seen as just more of those that go door-to-door ringing door bells.

What can we do to raise up and strengthen true believers in our church, in accordance with the Father’s purpose (Eph 3:10)? We should be clear that the church is the promise of the Son (Mt 16:18), that the church was sealed with the coming of the Holy Spirit (Acts 2:42–47). But, as the church in Antioch, though planted by ordinary believers, became strong by the work of the first pioneer pastors—the apostles (Acts 11:19–26), so also, when a new mission is planted with joy and effort, we follow Paul’s paths (Acts 13; 14:23; 19; 20:17).

Today, God our Father blesses the pastor-missionaries who are encouraged to plant new churches. But these pastors need the support of the respective designated authorities who govern our Lutheran Church, so that at least these pastor-missionaries can provide for their families with dignity and also give their main attention to their pastoral work. The work of God, and for God, is halved when a pastor combines ministerial work and other sustenance for himself through secular work, making it difficult to perform both vocations well. We are seeing it daily. It is not commanded by the Lord. Rather Paul is clear when he speaks to the Corinthians: “Thus says the Lord to them that preach the gospel, that they may live by the gospel” (1 Cor 9:13–14).

Comments, with the best of intentions, are heard in some circles of Lutheran leadership about the future of Hispanic ministries in the United States, giving them a rather short life, as if the Hispanic presence in this country is doomed to disappear sooner or later. It is argued that the children born here of Hispanic parents speak only English and do not accept another form of communication; they argue that as Hispanic children and young people become “Americanized,” then the Hispanic conglomerate, with all its culture, will disappear. This is not true, because it is clear that despite the restrictions, Hispanic migration to the United States continues. But apart from the previous household profile that is repeated throughout the United States, the Pew Research Center’s most recent study found that in the United States, in 1965, 84% of the population was white non-Hispanic, and that by 2017, the percentage has dropped to 62%, while Hispanics have gone from 4%, 50 years ago, to 18% of the population in 2017. Hispanics are expected to become about a fourth part of the population (24% or more) by the year 2045.

It is argued . . . the
Hispanic conglomerate,
with all its culture,
will disappear.

Faced with this encouraging projection of the growing presence of Hispanics in the United States, the only true pastoral hope for the Hispanic Lutheran church in the

United States lies in the institutional support of the Districts and especially the Synod for our missions, so that Hispanic pastors can continue doing their ministerial work. The vast majority of these servants have studied at the Center for Hispanic Studies (CHS) of Concordia Seminary of St. Louis, Missouri, where they attend for at least four years, receiving pastoral and theological formation along with simultaneous requirements of practical experiences for effective and efficient ministerial performance.

Christ evangelizes and forms His first disciples before sending them to “make disciples.” Formation is evangelizing in order to prepare others for evangelization. There is no evangelization without those being trained to make it happen. But evangelization must also be formative in order to go and “make disciples,” as Jesus’ apprentices. Just as Paul did so when faced with a community that did not believe, so he formed leaders so they could go to the communities to proclaim the Gospel. The United States is the new missionary challenge.

Christ evangelizes and forms His first disciples before sending them to “make disciples.”

Now, there is no doubt that the Hispanic immigrant problem is complex, it is true. Certain groups of immigrants have very difficult living conditions to handle, such as the case of a people group where we have planted a mission near Tampa. About 90% of the population is Mexican, and almost all of them come from the same region, Oaxaca. The “Mixteco” spoken is a domestic dialect with which the adults communicate with each other. The little Spanish they use is only for “shopping and business.” Children speak, read, and write only in English. The logical consequence of this complex situation is that the families are not communicating well; therefore, pastoral work is very challenging and requires much dedication, care, and patience. We know that our work always comes from the Lord’s hands, because it is true that His church is a tree of life with invisible and deep roots, often hidden deep underground but always seeking that life that comes only from the living waters that Christ provides through His Word.

Christ is the vine, we are the branches. With His help, we produce good fruits of faith and love. The trunk of the vine grows and becomes strong in order to support the vine to bear fruit. A responsible church will be dedicated to making disciples in Christ, of its new converts. Then they will become leaders of other disciples, who will then take responsibility to advance the work of God. Why is discipleship so important? Simply because Jesus said we must do it (Mt 28:19–20).

I love the free and current translation of John 1:14, “The Word became flesh and moved into the neighborhood.”